

PRÓLOGO

ROMA, ESTADOS PONTIFICIOS

FINALES DEL AÑO 1495

Nunca olvidaría el rostro de la muerte.

La figura cruzó los pasillos y las estancias del palacio apostólico hacia los apartamentos del sumo pontífice. La luz del candil que portaba en las manos se derramaba a través de los ventanales y bañaba los frescos y esculturas del palacio. Sombras misteriosas se desvanecían a su paso. A lo lejos, una campana marcó la medianoche. El individuo, agitado, no se detuvo, y sobre el mármol resonaron el eco de sus botas y el roce de su púrpura cardenalicia. Abrió las puertas de la biblioteca con prisas y corrió hasta la siguiente estancia que conectaba con la torre, con la extraña sensación de que un perseguidor le pisaba los talones. Allí, dos ujieres de armas con arnés completo y alabarda lo detuvieron.

—¡Debo ver al santo padre! —exclamó el hombre, de edad avanzada, jadeante, y su voz reverberó en los techos abovedados.

Uno de los alabarderos se interpuso.

—Nadie tiene permitido el paso a estas horas.

—Soy el cardenal Sensi, oficial de la Cancillería y secretario apostólico —masculló el hombre—. Os ordeno, alabardero, que abráis esa puerta.

Los guardias intercambiaron una mirada y vacilaron.

Uno de ellos escoltó al cardenal. El ujier guio al anciano hasta las siguientes puertas, las que daban acceso a la torre, una fortificación ancha y militar construida para la defensa del papa. Allí había apostados otros cuatro hombres con armaduras pulidas de estilo italiano y yelmos con plumas. Los edificios se comunicaban

entre sí por gabinetes y pasadizos contiguos; la sensación era la de estar ante un palacio inabarcable. El cardenal fue conducido por un corredor secreto hacia el otro lado de la torre. Se trataba de los apartamentos que había encargado construir el papa después de su entronización, una serie de seis estancias lujosamente decoradas por grandes pintores de los cuales el pontífice era mecenas. Los dos escoltas de la guardia se detuvieron frente a la puerta del dormitorio del papa. Uno de ellos llevó una mano al aldabón.

La puerta se abrió y el cardenal fue recibido por un paje, el mismo que instantes después lo anunciaba en el dormitorio. Cuando se cerró la puerta, el papa tomó asiento en una butaca de terciopelo. La mirada de águila del santo padre se posó sobre la del cardenal.

—¿A qué vienen esas prisas, Sensi?

El cardenal no podía quitarse el olor a carne putrefacta, el hedor a vísceras y la pestilencia impregnada en las sábanas y en las cortinas del apartamento donde había hecho su macabro descubrimiento.

—Ha aparecido otro cuerpo con un nuevo mensaje, santidad.

El papa no varió un ápice su expresión.

—¿Quién ha sido esta vez?

—Niccolò Valtieri —informó Sensi, con mala cara.

El papa se mantuvo en silencio unos momentos y sus manos se unieron sobre su regazo en un gesto pensativo. Valtieri era un dominico, humanista y teólogo adjunto a la Secretaría Apostólica.

—Su muerte porta una firma como la del neonato —musitó Sensi, que permanecía de pie, a pocos pasos del papa—. Está escrita en toscano. —Sensi se la entregó. Se trataba de un papel diminuto, enrollado como un pergamino antiguo.

«II

*La tormenta infernal, que nunca cesa,
con su vértigo agita los espíritus».*

El papa lo leyó en voz baja, sin comprender su significado. Valtieri, como muchos otros, formaba parte de varios círculos intelectuales que profesaban el neoplatonismo. El Vaticano estaba lleno de ellos. Sin ir más lejos, el propio papa, sin ser un filósofo, estaba en sintonía con este pensamiento que devolvía la sabiduría pagana de

los antiguos y echaba por tierra viejos paradigmas. Últimamente, Valtieri combinaba una intensa inquietud profética con el cultivo de la especulación filosófica y todo lo referente a la inmortalidad del alma.

—¿Cómo murió?

Sensi cerró los ojos.

—Veneno —murmuró con voz sombría—. Su cuerpo está negro y se está pudriendo. Es aterrador...

—Eso es porque llevará días muerto.

—Me temo que no —repuso Sensi—. Lo sabemos porque ha sido visto hoy mismo en la Cancillería. Es un hecho que no tiene explicación.

El papa entornó la mirada y se llevó una mano al mentón. Ningún veneno conocido podía producir un efecto tan rápido y efectivo. Aquello añadía una habilidad más al Toscano. Debía de tratarse de un alquimista experto en artes oscuras. *El Toscano*. Habían comenzado a llamarlo así por la lengua en la que escribía sus notas.

El papa se puso en pie y anduvo hasta la ventana. Fuera, frente a sus apartamentos, admiró sobre la colina el palacio del Belvedere. El campo silvestre que los separaba permanecía en calma bajo la luz de la luna. Había ordenado levantar un corral de madera bajo la ventana de su estancia para ver a un toro que había hecho traer desde Xàtiva, reino de Valencia, su tierra natal. Estaba claro que aquel asesino era un hombre de su corte. Alguien que lo conocía, alguien de su círculo más próximo que trataba de amedrentarlo. Y enemigos no le faltaban.

—¿No tenéis miedo, santidad? —le preguntó Sensi de repente.

—Ese gusano no me quiere muerto; de lo contrario, yo ya no estaría aquí. Este Toscano busca otra cosa —murmuró el papa.

—¿Quién tiene interés en intimidaros? Carlos VIII ya no está en Italia, la guerra muere lentamente.

El papa miró a Sensi un momento con gesto cansado.

—¿Quién no tiene interés en intimidarme acaso? Desde Virginio Orsini al rey de Francia, pasando por las facciones contrarias dentro del Colegio Cardenalicio. Me he ganado el odio de mucha gente, eminencia.

El papa se giró y contempló a su toro. *Oscuro como el mal*, pensó. El papa estaba convencido de que su familia, representada en su

blasón por un toro, era el gran baluarte de la cristiandad. En aquel tiempo en el que comenzaban a conciliarse antiguas sabidurías paganas con el cristianismo, el neoplatonismo ganaba adeptos. Se intentaba dar una explicación mística a los misterios de la fe a través de los viejos maestros, hallar los vínculos comunes entre todas las religiones y las creencias paganas. Encontrar la verdad única. El verdadero saber, oculto durante siglos, volvería a renacer de la mano de Cristo y el papa sería el guía y pastor de una Iglesia renovada.

—Anoche tuve un sueño —dijo el papa de pronto, de cara a la ventana.

El cardenal Sensi seguía de pie en la lujosa estancia rodeado de escenas de Pinturicchio. El palacio apostólico, a oscuras, parecía vaciarse a esas horas, y por sus pasillos se intuía una única presencia al acecho. Sensi sintió un escalofrío.

—Soñé que regalaba una Rosa de Oro y una Espada Pontifical —susurró el pontífice—. A dos condotieros. Ninguno de ellos era príncipe ni rey. Tal vez sean nuestros salvadores, Sensi, quienes acaben con nuestros enemigos.

El cardenal entornó la mirada, algo incómodo.

—Santidad, deberíais reunir a la guardia y resguardaros en Sant'Angelo. Roma y estos muros ya no son un lugar seguro.

El papa volvió la vista al toro sin decir nada. La luz de la luna cubría al pontífice, frente a la ventana. Permanecía absorto en sus pensamientos.

—Sensi —anunció el papa finalmente antes de girarse hacia el anciano. Acababa de tomar una decisión—. Abriremos una comisión secreta sobre este asunto. Reuníos con el cardenal Carvajal: él sabrá llevarlo como un asunto privado. Mientras la guerra persista, mis enemigos continuarán con sus ataques. Necesitamos echar a los franceses de Nápoles. Al final, todo verá la luz.

Sensi hizo una reverencia y salió de la estancia a la oscuridad del pasillo a cumplir con su cometido. El papa, por su parte, mantuvo la mirada perdida en la noche, sin dejar de pensar en que su destino dependía de las acciones de un capitán aragonés cuyos hombres hacían lo imposible por acabar con las escuadras enemigas. Por liberar a Nápoles de las garras del rey de Francia.

1

LAURINO, REINO DE NÁPOLES

AÑO 1496

El alférez Alfonso de Rueda comprobó la altura del acantilado con sus propios ojos y volvió a mirar a Gonzalo de Córdoba con mala cara. Frente a ellos se alzaba Laurino, una fortificación sobre una montaña cuya cara posterior era una pared inexpugnable. El fuerte estaba rodeado por un muro y protegido por una puerta de hierro que se abría con la ayuda de un artilugio moderno desde dentro. Para mayor dificultad del asunto, Laurino contaba con varias almenas y matacanes preparados para albergar a una docena de escopeteros y ballesteros con los que dar la bienvenida a cualquier cagalindes que quisiera tomar la plaza. En ese momento, el gran baluarte del enemigo se encontraba a rebosar de la élite del ejército francés y de los rebeldes, estos últimos, nobles italianos angevinos, o sea, unos traidores a favor de los franceses y comandados por el conde San Severino.

Esa noche, los invasores bebían vino y descansaban seguros sobre sus jergones, ajenos a las operaciones de la hueste aragonesa en sus alrededores. Alfonso volvió a echar un vistazo y se giró hacia su capitán.

—¿No estarás pensando en...? —El alférez hizo una pausa.

—Eso es —respondió Gonzalo con un gesto serio, como era habitual en él—. Míralos. El grueso de su ejército acampa al raso allí en el pueblo y sus hombres beben y juegan a las cartas. No saben que estamos aquí.

Rueda conocía a Gonzalo de Córdoba desde antes de la guerra de Granada y, desde entonces, se habían convertido en compañeros

de armas. Miró a su amigo sin decir nada; tampoco era que hiciera falta. Gonzalo era un hombre de rasgos varoniles y unos ojos oscuros que estaban siempre en alerta. Solía gastar una boina que cubría el escaso cabello que tenía sobre la frente. Iba con una armadura pulida y una capa verde en la espalda. Poseía el carácter de un gran príncipe, aunque fuera un simple soldado del rey Fernando de Aragón.

Rueda volvió a mirar el acantilado y el imponente castillo en la oscuridad. Una nube cubrió la mitad de la luna. Gonzalo de Córdoba había tenido noticias de ese encuentro de San Severino en Laurino para reorganizar a los rebeldes y había decidido jugarse el pellejo y el trabajo de muchos meses en Calabria para acudir allí. Su idea era una locura.

—Es audaz, pero arriesgado de cojones —murmuró Rueda cavilando sobre la dificultad de la tarea—. A oscuras y hambrientos como están, me apuesto cien ducados a que no aparecen voluntarios.

Gonzalo lo miró esta vez a los ojos.

—Sabes que no aprecio las apuestas, Alfonso; no pongas en duda su honra. Siempre hay hombres dispuestos a dar un paso al frente. Y no es una locura; Tristán podría escalarlo con facilidad.

—Pues claro que podría si se lo ordenas, coño. Ya sabes a lo que me refiero. Es un movimiento atrevido.

—Quiero cien voluntarios —remató Gonzalo—. Los mejores escaladores.

—La madre que me parió —murmuró Rueda para sí de vuelta al campamento.

Gonzalo regresó al monte donde lo esperaban sus hombres y convocó a sus capitanes con urgencia para explicarles el plan. Estaba prohibido, bajo pena de muerte, alzar la voz.

Rueda, en cambio, se fue junto a su escuadra. Muchos no eran hombres de armas, ni siquiera eran caballeros, solo eran un puñado de infelices que una vida azarosa había puesto en aquella guerra, como peones en un tablero de ajedrez. Solían ceñirse al plan de don Gonzalo, que casi siempre era fácil de entender y casi imposible de llevar a la práctica.

El grupo hizo un círculo en torno a Rueda. Tenían las calzas y los jubones mojados. Algunos, los más afortunados, portaban alguna

pieza de armadura suelta. Dos semanas de marcha desde Castrovillari por senderos y rutas secundarias, a escondidas, habían agotado sus fuerzas. Gonzalo de Córdoba había enviado partidas de exploradores a que se adelantaran, y movía a su gente con rapidez, y muchos otros, como Rueda, confiaban a ciegas en él, sobre todo porque sabían que don Gonzalo jamás mandaría a sus hombres a combatir en una batalla que no pudiesen ganar. Sin embargo, aquella noche cerrada de Laurino, el enviado del rey de Aragón estaba a punto de tentar a la suerte más que en ninguna otra ocasión.

En el círculo estaban Serrado, Viñolas, Prieto, López, Jiménez, Alarcón, Bustamante y Espínola. Poco después apareció Tristán. Rueda le echó un vistazo al muchacho. Su hijo exhibía un paño en la cabeza, como un corsario, y un pendiente en una oreja. Pese a contar con quince años, Tristán se esforzaba en dejarse crecer el vello de la barbilla para parecer mayor. El joven escudero, hijo de Alfonso de Rueda, era un chico apreciado por todos, más rápido que una ardilla, y que soñaba algún día con servir al papa de Roma.

Los hombres, por su parte, se mostraban inquietos. Se habían plantado delante del bastión francés más resguardado y protegido de toda Italia sin ningún arma de asedio, con las catapultas abandonadas en Seminara, y estaban cansados hasta la extenuación después de semanas de marcha.

—No os voy a mentir —soltó Rueda sin preámbulos—. Es un plan cojonudo, pero suicida. Si sale bien, pues la hostia. Si sale mal...

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Espínola.

—Que la puedes palmar —dijo Alarcón, a su lado.

—Hasta ahí llego, coño. Quiero saber por qué lo dice.

Rueda les señaló la montaña del castillo, iluminada por varias hogueras y antorchas en lo alto. La luz se derramaba por el monte y creaba claros y oscuros que muchos vieron como un lienzo de la muerte. Alfonso de Rueda les señaló tres puntos: las puertas del bastión, el puente que cruzaba el río y el campamento de la tropa francesa junto a Laurino pueblo.

—El grueso de nuestra hueste aguardará frente a las puertas del castillo y una pequeña guarnición cubrirá el puente para que nadie del pueblo ni del campamento pruebe a cruzar y resguardarse tras

los muros del fuerte —les explicó el alférez en voz baja—. Luego, unos quinientos de los nuestros se infiltrarán en el campamento francés e iniciarán la carnicería.

—Con dos cojones —soltó Alarcón.

—Eso alertará a la tropa de la fortaleza —sugirió Viñolas, el más viejo.

—Bien visto —comentó Rueda—. En el instante en el que esa tropa baje el puente levadizo con su artilugio, se verán cara a cara con nuestras fuerzas, que estarán preparados para pasarlos a cuchillo.

—¿Y dónde entramos nosotros? —quiso saber Tristán, y todos se volvieron hacia el chico. Su padre frunció el ceño y se giró hacia la montaña.

—A nosotros nos toca escalar esa jodida montaña por la otra cara, a oscuras y en silencio, hasta lo alto del castillo. —Su mirada se desvió al acantilado al que iban a enfrentarse—. Nos haremos con la torre y daremos la señal para que comience el ataque. No pueden vernos ni tampoco oírnos. Una vez hayamos establecido un sitio seguro, envolveremos a la tropa francesa desde dentro, justo cuando ellos abran las puertas.

—Vanguardia y retaguardia —murmuró Alarcón—. Virgen Santa.

—Eso es —insistió Rueda—. No deben saber que el enemigo les viene por la espalda o estaremos muertos en menos de un ave-maría. De nuestra acción dependerá que Laurino sea nuestro o que Nápoles permanezca en manos francesas.

Se hizo un silencio tras sus palabras. Que el ejército francés durmiera en tiendas de campaña al raso en el pueblo era la prueba inequívoca de que el enemigo seguía pensando que la hueste española permanecía en el sur, en Calabria. La compañía entendió al fin el plan trazado por don Gonzalo, lo de dejar las armas de asedio y velar por el efecto sorpresa. Esa gente jamás se iba a esperar un ataque nocturno y sin avisar. Nadie había hecho algo así. El arte de la guerra estaba cambiando y ellos serían sus testigos y protagonistas.

—La madre que nos parió —murmuró Viñolas, resumiendo el sentir de todos. Rueda los miró con seriedad, uno a uno.

—Esta noche decidiremos la guerra.

Fueron ciento veinte los voluntarios de Laurino.

Primero se dispusieron a subir los expertos, y de todos ellos Tristán iba a ser la punta de lanza. Estaba ansioso, tenía el estómago cerrado. Se cruzó el cinto, con una espada, por los hombros para llevar aquella a la espalda y se aseguró de tener bien envainado su puñal. Luego buscó un puñado de tierra seca y se la pasó por sus manos llenas de callos mientras recitaba en voz baja una plegaria a la Virgen.

Tristán contempló a su padre, que recibía las últimas órdenes de don Gonzalo. Sabía que el capitán general y su padre eran uña y carne. Alfonso de Rueda era un alférez diestro con la espada de mano y media, sabía disparar si se le entregaba una espingarda y había descubierto un don en la frontera, durante la guerra de Granada: escalar. Y esa preciada habilidad la había heredado por completo Tristán, capaz de aguantar su propio peso con un par de dedos o de equilibrarse y saltar en menos de una pulgada de saliente.

Su padre regresó al trote y desvió la vista hacia la empuñadura que sobresalía por la espalda de Tristán.

—Tú no vas a luchar —le espetó—. Vas a subir a colocar los ganchos y los anclajes y luego procuras ayudar a subir al resto. Eso es todo.

—Si me coge un francés arriba, con algo tendré que defenderme.

—Te he dicho que no —replicó su padre—. Para eso estoy yo, y detrás vendrán Alarcón y Espínola. Ajustas las sujeciones y te apartas.

—Padre...

—¡Basta! Cumple con lo que se te ordena y punto. Y esto no te lo dice tu padre, sino tu alférez —soltó Rueda.

Tristán se mordió los dientes.

—Como mandéis, señor —resolvió el chico.

Se quitó el cinto y volvió a su tienda de campaña para dejar el arma. Una vez alejado, se escondió el puñal por dentro del jubón. Honraba y obedecía a su padre, pero era más listo y espabilado

que un huérfano; una daga, en lo alto de un bastión francés, no sobraba. Cuando regresó con el grupo, los escaladores se encomendaron a Dios e iniciaron la marcha hacia el monte en silencio. Rueda se colocó detrás de su hijo, delante de la columna. Llevaba una cuerda de más de cuarenta varas cruzada por el cuerpo que pesaba un quintal. Antes de iniciar el ascenso, Rueda le entregó a su hijo una bolsa de cuero con los ganchos de acero. Tristán los comprobó antes de cruzarse la bolsa por el cuello.

Apenas se veía nada en la oscuridad.

Tristán subió el primer tramo. Luego vino una sucesión de rocas y paredes. Iba el primero, y eso quería decir que únicamente podía utilizar sus manos y sus pies como elementos de ascenso. El muchacho era bajito, delgado como un junco y muy fuerte de brazos y de piernas. Se había colocado unas sandalias finas y flexibles como calzado, pero al mirar hacia la pared que se encontró frente a él decidió quitárselas y colgárselas del cuello. Comenzó la escalada descalzo con la agilidad de un gato. Uno a uno fue colocando los ganchos como anclajes en las grietas que halló. Echó un vistazo hacia abajo y vio a su padre asegurando las cuerdas. Más abajo los hombres aguardaban a que realizaran aquella peligrosa tarea para que todos pudieran ascender, y, al otro lado de la montaña, dos grupos de más de setecientos infantes esperaban a que un chaval delgaducho cumpliera con éxito la misión para dar inicio al plan.

Tristán consiguió alcanzar las faldas del muro. La pared era prácticamente lisa. Observó en silencio a su padre. Luego se ató en el cinto un extremo de la cuerda gruesa que portaba el líder de los escaladores y se subió a un árbol de tronco ancho, que colgaba de la pendiente junto a la pared. Escaló hasta la rama más alta. Desde allí se dispuso a dar un salto hacia el muro. Rueda y los cien hombres más abajo contuvieron el aliento. Tristán se impulsó y saltó. Se dio con violencia contra la roca y logró agarrarse a un saliente. Tiró con fuerza con sus manos y puso un pie sobre una grieta en el muro.

Quedaba un último esfuerzo.

Miró hacia arriba y dudó de si ganaría la cornisa de un salto. Tenía muy poco apoyo para impulsarse. Sin pensar en la caída terrible en

caso de fallar, Tristán cerró los ojos y cogió aire. Visualizó en su mente que su mano se aferraba con fuerza al muro. A continuación, hizo toda la fuerza que le permitió su pie derecho desnudo y saltó. Durante un instante tuvo la certeza de que caería al vacío. Entonces su mano se cogió a la piedra de milagro, y tiró de su cuerpo hacia arriba de puro reflejo.

Los hombres abajo respiraron con alivio. El chico lo había conseguido.

Ningún francés se percató de la presencia de un mozo castellano en lo alto del castillo más protegido y pertrechado de Italia. Tristán acabó de hacer un nudo y de ajustar la cuerda. Su padre, abajo, tiró de ella con fuerza, hizo una seña y comenzó a subir. En ese momento, Tristán oyó una voz en lo alto y contuvo el aliento. Rápidamente se apoyó en la pared de la torre. Acercó la mirada a la esquina y distinguió a un centinela. Mientras, la cuerda rozaba el borde, de aquí para allá, como una lija en la piedra, y se percibía el jadeo del escalador. El guardia tuvo la impresión de oír algo. Condujo sus pasos hacia la cornisa.

—Vamos... —murmuró Tristán, ansioso, con la vista en el borde.

Se dio cuenta de que su padre no alcanzaría a subir antes de que llegara el guardia francés. Metió la mano dentro de su jubón y empuñó la daga que había llevado consigo.

El centinela pasó por su lado sin verlo. Tristán seguía pegado al muro, escondido entre las sombras. A continuación, el hombre se apoyó en la piedra del adarve y miró hacia abajo. Cerca de cien españoles le devolvieron la mirada mientras escalaban la montaña, como espectros de la noche. El centinela se quedó sin voz. Antes de poder pronunciar una sola palabra, una mano le cubrió la boca desde atrás y el filo de una daga degolló su cuello de manera limpia.

Rueda alcanzó el castillo justo para ver a su hijo matar al primer francés de la noche. Ambos intercambiaron una mirada sin decir nada. En un santiamén los primeros veinticinco españoles tomaron posiciones. Tristán se pegó a la espalda de su padre. Rueda hizo una seña a Espínola y otra a Alarcón y al viejo Viñolas. Cada uno fue con su grupo a por un centinela de la torre. Rueda se

aproximó como una sombra y abrazó al guardia del mismo modo que había hecho su hijo, lo pasó a cuchillo y lo apoyó con cuidado en el suelo. Otro grupo entró en la torre y se encargó de los guardias y centinelas de su interior. Los escaladores habían cumplido con la primera parte de la misión.

—Sube y pon la bandera a media asta —le ordenó Rueda a Tristán en un susurro—. Esa será la señal.

Tristán se guardó el puñal y subió a lo alto de la torre con una agilidad que a su padre no dejaba de sorprenderle. El joven escogía siempre el camino más fácil, era rápido e intuitivo y no se detenía a pensar ni un instante. No tardó en conseguir llegar arriba y situarse junto al asta. Desató el cordel y arrió la bandera con sigilo.

En lo alto del Castillo de Laurino, los escaladores esperaron escondidos en su posición. Más pronto de lo que se imaginaron, comenzaron a oír el ruido del acero y los gritos en el campamento, junto al pueblo. Poco después, vieron arder las primera tiendas de campaña. La noche y las sombras, grandes aliadas de los españoles, ocultaban el número de los atacantes.

Unos quinientos infantes se infiltraron con sigilo en el campamento francés y desataron el infierno. Enseguida todo fueron gritos, fuego, acero y sangre. Algunos franceses trataron de reaccionar en vano y presentaron combate, cada uno por su lado, totalmente desorganizados. En el campamento se vivieron momentos de horror y desconcierto. Los españoles apuñalaban a sus enemigos, que seguían sin comprender lo que estaba sucediendo en aquel caos, viendo cómo sus compañeros eran degollados y pasados a cuchillo por la infantería de Gonzalo de Córdoba, sin ningún tipo de aviso ni compasión. La guerra de una hueste frente a otra, a campo abierto, había quedado en el pasado. ¿Quién, en su sano juicio, volvería a enfrentarse a la caballería francesa en un llano? A partir de esa noche, ningún sitio ni ninguna hora volvería a ser segura para ningún ejército.

Los franceses empezaron a huir en desbandada hacia el castillo, tal y como había predicho el plan. Entre tanto, repicaron las campanas en el *borgo*. Ante el ataque sorpresa, los hombres de la fortaleza dieron voces y se hicieron a las armas, entre ellos, el conde de San Severino, con sus caballeros, junto a las fuerzas de los condes

de Mélito, Nicastro y Lauria, más otros dieciséis barones angevinos, otros tantos vasallos del príncipe de Salerno, más mil hombres de armas y caballeros. El caos y la confusión eran totales. San Severino, sin enterarse de nada, con yelmo y visera y armadura completa, ordenó abrir las puertas. Tristán observó con una sonrisa en los labios desde lo alto cómo el plan se llevaba a cabo a la perfección.

Seis hombres giraron dos artilugios en el patio de armas para abrir las puertas del castillo, ofreciendo en bandeja de plata la plaza a don Gonzalo.

—Es la hora —anunció Rueda a sus hombres. Luego echó una mirada a su hijo para que permaneciera junto al asta.

Los ciento veinte escaladores comenzaron a descender por la torre en silencio, al tiempo que asesinaban a quienes encontraban a su paso. Ningún francés se figuraba que una tropa enemiga atacara desde la retaguardia, y pronto los pasillos se convirtieron en un reguero de cadáveres.

Algo alejados, frente a las puertas, el grueso de la hueste de Gonzalo de Córdoba —con él mismo al frente— aguardó a que los propios franceses les abriesen las puertas. La tropa que había dispuesto en el puente frente a la fortaleza se enfrentó a los primeros supervivientes del campamento que trataban de huir.

Uno a uno fueron asesinados, sin apenas resistencia.

La puerta del Castillo de Laurino se abrió al fin, y antes de que la hueste francesa se enterara de que los estaban esperando, la infantería española se echó encima de ellos y se inició la batalla. Podría haber sido un enfrentamiento igualado de no haber habido tanto desconcierto esa noche. La batalla se condensó en la plaza y las picas hicieron su trabajo. Los barones no paraban de dar órdenes en vano entre lanzas, escudos y heridos. Entonces uno de los franceses vio aparecer de la nada a más de cien hombres armados desde atrás. Los españoles, como demonios, rompieron sus líneas por la retaguardia. Estaban acabados.

—¡Por España! —arengó Rueda a sus hombres, y estos respondieron a gritos de «¡Santiago!» con fervor.

Desde lo alto del castillo Tristán contempló el campamento envuelto en llamas y las puertas abatidas. Un manto de cadáveres

cubría la arcilla, mientras más de cien caballeros franceses ofrecían su rendición a los infantes españoles. Gonzalo de Córdoba hizo su entrada a caballo, en compañía de sus capitanes.

Tristán pensó que la victoria y la honra era de ellos y que el rey de Aragón y la reina de Castilla sabrían recompensar a sus héroes. Él sería uno de ellos. Con emoción, el joven arrió la bandera por completo esta vez y sacó de su bolsa las insignias del rey Fernando. Izó la bandera aragonesa por todo lo alto.

Abajo, una ovación se levantó en el patio de armas. Lo imposible había sucedido. La fortaleza inexpugnable de Laurino había caído y, junto a ella, gran parte de las esperanzas de las guarniciones del rey francés, en su dichosa guerra de Nápoles.

2

TRUJILLO, EXTREMADURA

La noche estallaba en truenos cuando Diego de Paredes contempló a su madre sin vida en el ataúd. La iglesia de Santa María la Mayor resonó con el eco de su lamento. Un abismo se abría ante él. Hacía diez años, doña Juana de Torres, noble dama del linaje de los Altamirano, había dejado de caminar y había perdido la memoria. Diego se imaginó que ese había sido el castigo de Dios asignado para él, su condena por la muerte de Marina. Por la mentira. Por el silencio.

Diego era temido en el pueblo, tanto por su temperamento como por sus arrebatos. Era un hombre rudo, poco dado al diálogo, tan alto como un hombre y medio, y estaba casi seguro de que era el tipo más fuerte de toda Extremadura. Solía esconder su corpulencia y su mala leche bajo un silencio de monje y una capa con capucha, ahora empapada por la lluvia. La gente recelaba de él, de su silencio. En otro tiempo, había sido un fiel escudero y había participado en la conquista de Granada como paje de su padre, y bien podría haberse puesto bajo las órdenes de Gonzalo de Córdoba en Nápoles de no haber tenido que ocuparse de doña Juana, su madre. Muchos hombres de la zona se fueron y se labraron una vida como soldados lejos de Trujillo.

Diego no. Para él la vida escogió otro camino.

Así, durante más de diez años, sus brazos olvidaron el peso de una espada y únicamente levantaron a su madre, llevándola de la silla al lecho, del lecho a la misa, de la misa al lecho. Le fue imposible superar el ver a esa mujer convertida en la nada, en un paño viejo y arrugado. Maldito fuera el tiempo, que volvía la fuerza y la tenacidad en despojo, en un saco de huesos indigno. La que había

sido una de las damas más fuertes de Trujillo, tercera esposa de Sancho de Paredes, se había vuelto la condena de Diego, mientras que para ella su hijo era su único mundo. Esto había transformado la naturaleza de ese joven fuerte en la de alguien enfrentado con la vida.

Ahora su madre había muerto.

Diego se enjugó las lágrimas con la manga y alzó la cabeza para recorrer con la mirada la iglesia. Las vecinas mantenían el murmullo del rosario y derramaban lágrimas por el alma de la difunta. *¿Lágrimas de qué?* La expresión de Diego tornó del dolor a la rabia. Ninguna de ellas había tenido la decencia de hacerle una visita al Palacio Viejo en todos esos años y ahora se peleaban por tener la voz cantante en el rezo.

Se levantó como una sombra amenazante y las miró una a una.

—¿Dónde estabais cuando doña Juana enfermó? —las acusó con voz grave—. ¿Dónde estabais cuando os necesitaba?

Ninguna se atrevió a abrir la boca. El silencio solo fue cortado por una de las vecinas, la más orgullosa.

—No nos culpes a nosotras de los planes de Dios, hijo.

Diego tuvo ganas de arrancarle la cabeza por su insolencia.

—¿Los planes de Dios? —repitió.

Una figura se detuvo en el dintel de la iglesia. Diego reconoció a Ramiro Aguirre. Era la señal para marcharse de allí.

Salió del templo sin mirar a las mujeres.

—Paredes —lo detuvo don Ramiro al otro lado del umbral.

La lluvia creaba en la plaza enormes charcas sobre las que se reflejaba las antorchas de la iglesia, y el agua caía a raudales por las tejas frente a los arcos de los pórticos. Diego, encapuchado, se volvió al hombre.

Si supieras la verdad, Aguirre, no estarías plantado delante de mí, pensó.

Los feligreses de la entrada lo observaban entre murmullos. Detrás, Diego descubrió a la mujer de Ramiro, doña Carmen, que se detuvo tras su esposo. Lo de «don» y «doña» era más por una cuestión de costumbre y de respeto que por otra cosa, porque allí en Trujillo, por muy principal que se fuera, la tierra daba para lo justo y las estirpes pendían de un hilo, a merced del hambre, la pobreza o la guerra. Diego maldijo su mala fortuna.

—Lo siento, Paredes. Dios la tenga en su gloria.

El anciano amagó con apoyar una mano en su hombro, pero se contuvo. Aunque durante todos esos años hubieran cruzado miradas en el mercado y en la misa, era la primera vez que estaban así, frente a frente. Diego no supo qué decir. Se dio cuenta de que ni siquiera recordaba su voz. Tampoco la mirada de doña Carmen. Y en ella pudo ver el reflejo de los ojos de Marina. Sin embargo, los dos desconocían su batalla interior. Para Aguirre, la historia había sido otra, la que le habían contado, y en ella existía un único nombre en la tragedia, el de Galcerán de Miguel. El de Paredes era un dolor prohibido, tan ilícito como clandestino. Un dolor que jamás se había atrevido a revelar.

Se estremeció. Quiso gritar. Quiso huir.

Diego les devolvió un gesto vago y arrebuñado en su capa, se perdió en las sombras de los umbrales tal y como había venido.

Nada me queda aquí. La gran sala del Palacio Viejo estaba iluminada por una única vela, y su llama creaba misteriosas sombras en los tapices antiguos y descoloridos. La casa de los Paredes permanecía en silencio, y apenas se oía el crujir de la madera y de las tejas. Durante largos períodos ni siquiera se oía el viento en aquella tierra fronteriza de colinas amarillentas y caminos polvorientos. Diego permanecía sentado a la mesa principal frente a una jarra de vino. La muerte de su madre significaba muchas cosas. Diego se había convertido en el cabeza de familia de una estirpe extinguida. Como señor del Palacio Viejo, sus tierras contaban con familias con contratos de arrendamiento —familias a las que debían cobrar—, sobre lo que se sustentaba la riqueza de los Paredes. Sin embargo, los años habían sido malos y poco o nada podía sacarse de un caserón fortificado que había pertenecido a su padre y a su familia desde los tiempos de la Reconquista en aquella tierra olvidada.

Desvió la mirada y vio a María colocando un leño en el hogar.

Su hermanastra era mayor que él. María Ximénez de Paredes. Aquella mujer se había desposado con un caballero local y había tenido un único hijo, Hernando Corajo, un muchacho que el tiempo

había transformado en un hombre tan pusilánime como su padre. Al enviudar, hacía una década, María había regresado a la casa de los Paredes, bajo el amparo de su madrastra, doña Juana, y había exigido a Diego hacerse cargo de su hijo, como señor del Palacio Viejo. Diego lo detestaba tanto como a su hermanastra, por su descaro y su insolencia, y se había negado a enseñarle el oficio de las armas. Ambos llevaban años conviviendo entre broncas y monosílabos.

No quiso cruzar palabra con ella, no estaba de ánimo para roces. Cuando María se retiró, aguzó el oído y oyó unos cascos en la lejanía. Un jinete proveniente de Trujillo. Se incorporó y fue hasta la puerta principal; quitó el travesaño de madera y giró la gruesa llave para abrir las puertas del Palacio Viejo, que crujieron como las de un castillo.

La luz de la luna y un viento fresco se derramaban por el patio. Siguió el galope del jinete con un vaso de vino en la mano. Lo reconoció por la forma de cabalgar. Había pasado años sin verlo, desde que ocurriera el asunto de Marina y Diego pasara de ser el mozo más alegre del pueblo a convertirse en el hombre que era, áspero y esquivo. Cuando el jinete alcanzó el arco de piedra de la entrada, Diego contempló a su hermano Álvaro sobre el caballo.

Se miraron sin saludarse.

Su regreso traía recuerdos de los años que siguieron a la muerte de su padre, don Sancho, y a la tragedia de la única mujer a la que Diego había amado. Durante los seis años que siguieron a ese episodio, Diego se había hecho cargo del gobierno de la casa, del cuidado del molino heredado y de velar por su madre, su hermana y su sobrino. Ahora, Diego tenía treinta años, y las arcas de la familia estaban llenas de polvo. ¿Qué iba a hacer? ¿Buscar una esposa que le diera hijos para mantener el Palacio Viejo y el campo? ¿Cómo iba a prosperar y a guardar riqueza para los años venideros si debía hacer frente a todas esas responsabilidades?

Álvaro desmontó. Cogió sus fardos y armas y desensilló a su montura.

—¿Desde cuándo bebes? —quiso saber, y se acercó a él—. Bienaventurada sea la llegada del peregrino, pues el posadero no beberá en solitario —masculló con una sonrisa ancha.

A Diego le molestó su actitud.

Álvaro era una cabeza más bajo que su hermano y mucho menos corpulento. Álvaro lo observó durante un instante y luego le dio a Diego una palmada en la mejilla. A continuación, cruzó el umbral de la sala.

Poco después, esa misma noche, ambos estaban sentados frente al fuego. Fuera hacía una noche plácida y estrellada. Álvaro se sirvió en un cuenco un poco del puchero que había en la cacerola.

—¿No te alegras de verme? —le soltó a su hermano.

—Más que a María, desde luego —esgrimió Diego.

Álvaro esbozó una sonrisa.

—¿Y el pequeño Hernando? ¿Cómo está?

—Ese muchacho no llegará a nada en la vida. Puedo asegurarlo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Álvaro.

—Tiene más sangre Corajo que Paredes en las venas.

Álvaro probó el caldo de su cuenco en silencio. Luego habló en un tono algo más solemne.

—Siento mucho lo de madre —reconoció.

—Tanto da; no eras hijo de doña Juana —respondió Diego, cortante.

—No seas injusto conmigo, hermano. Es la única madre que tuve, ella me crio —se defendió Álvaro.

Diego se mantuvo en silencio. Alzó la mirada y sus ojos se tiñeron con el fulgor de las brasas.

—¿A qué has vuelto, Álvaro?

—Al entierro de madre.

—Pues ya la enterramos —soltó Diego—. Esta tarde. Llevo tres días sin dormir. Puedes quedarte esta noche, y mañana te vas. Suficiente tengo con aguantar a tu hermana y al holgazán de su hijo.

Álvaro esbozó una ligera sonrisa.

—Si te sirve de consuelo, he tenido un percance en el camino —se disculpó este. Tras un instante, abrió su bolsa y le enseñó a su hermano algunas monedas, todas de diferentes acuñaciones.

Diego hubiese querido guardarse un puñado de ellas en su bolsillo; le habría venido de maravilla. Las observó sin mucho interés y las dejó en la bolsa. Estuvieron un momento sin hablar.

—Debes de haber viajado mucho.

—Así es. —Álvaro bajó el tono de voz—. He recibido una carta con una propuesta. Quiero que vengas conmigo esta vez. He venido a por ti.

Diego rechazó su mirada, con la vista en el fuego.

—Yo no voy a ningún sitio. No voy a perder lo único que tengo. He trabajado mucho para mantener este caserón.

El hogar crepitaba y la sala, enorme y oscura, parecía demasiado ancha para ellos solos, que apenas ocupaban un rincón. Álvaro extrajo un objeto de su bolsa y se lo lanzó a su hermano. Era una cruz con un rosario.

—Esto pertenecía a madre —susurró Diego, al reconocerlo.

—¿Y sabes cuál era el único sueño de esa pobre mujer? —inquirió Álvaro con el reflejo de la chimenea en el rostro. Diego creía conocer bastante bien a su madre, así que se mantuvo en silencio. Nunca había caído en la cuenta de que ella pudiera tener sueños por cumplir. Él siempre la había visto como una figura inamovible, como la estatua de piedra de una catedral.

—¿Qué quería? —preguntó al fin.

A Álvaro le brilló la mirada.

—Peregrinar a Roma.

—¿Y tú piensas ir a Italia?

Su hermano volvió a coger el rosario y se lo guardó. Luego sacó la carta de la que le había hablado, lacrada con un sello cardinalicio.

—No —dijo, muy serio esta vez—. Pienso que iremos los dos.

Diego cogió el sendero polvoriento de camino a Trujillo a la mañana siguiente. Le hervía la sangre que su hermano Álvaro se hubiera largado a sus viajes y que ahora regresara con aquella actitud, como si nada hubiese cambiado en esos años de dolor. Mientras iba hacia el pueblo, recordó el día en que lo había conocido. Su padre, Sancho de Paredes, había sido un caballero que había combatido en las guerras

de Castilla de mitad de siglo y había sido padre a una edad muy avanzada. Diego lo recordaba como un señor anciano, al que siempre había que dirigirse con solemnidad. Un día, don Sancho regresó al Palacio Viejo con sus hombres de armas y con un hijo bastardo de seis años. Era Álvaro. Obligó a doña Juana a criarlo como a un Paredes y así Diego creció junto a su hermano, al que le sacaba más de una cabeza en altura y qué decir en corpulencia. Ambos aprendieron el oficio de las armas con su padre. Los hombres de don Sancho y sus escuderos los hacían practicar sin descanso para convertirlos en guerreros formidables. Sancho de Paredes no daba pie a un lamento ni una mala actitud, y ambas cosas las castigaba con dureza. Diego aprendió a blandir todas las espadas, lanzas, picas y alabardas, se familiarizó con la destreza y con ciertos tratados antiquísimos que hablaban de geometría y compases y que estaban escritos en lenguas que no conocía, pero que estaban repletos de dibujos de hombres armados que enseñaban celadas, tomas, argucias y estratagemas básicas para el combate.

Día y noche. Con armas de palo y luego de acero.

De esta manera y durante muchos años, Álvaro y Diego fueron inseparables, alejados de su hermana María, ocupada en su matrimonio, en su hijo y luego en su viudez. Tras la muerte de don Sancho vendrían los malos tiempos. Los hombres de armas y todos los criados que hicieron resplandecer la casa de los Paredes en los tiempos del rey Enrique los abandonaron. Álvaro decidió emprender su aventura. Entonces Diego tuvo que trabajar de sol a sol para ganarse el pan y mantener a su madre, a su hermanastra y a su sobrino.

El sol reposaba sobre Trujillo y parecía detener las cosas en el tiempo.

Diego había llegado al pueblo, y se dirigió a la iglesia, donde se situó detrás de una columna y escuchó la misa en silencio. Los más viejos del lugar lo saludaron a distancia, con respeto; para el resto de los vecinos Diego era un hombre al que temían. Todos creían conocer su historia, la del joven paje que había quedado huérfano de padre, que había sido abandonado por su hermano y que tuvo que cuidar de su familia. Nunca se había casado, ni se le conocían escauceos.

Cuando la misa acabó, compró algunas cosas en el mercado y emprendió la marcha al Palacio Viejo con el sol en el horizonte. Al final de la tarde, por el camino, Diego distinguió la cruz de piedra enclavada sobre una colina amarillenta de pastos secos. Era un pequeño camposanto. Los Paredes vivían a menos de una legua de Trujillo, en una venta que había obtenido su familia durante la guerra contra los moros, en el año 1229. Allí, a medio camino del pueblo, descansaban para siempre los restos de Marina Aguirre, la hija de Ramiro y Carmen, esposa de Galcerán de Miguel, caballero del rey. En el sendero crecía la hierba y, más allá, se esparcían algunas flores silvestres por la ladera. Diego se desvió del camino principal, como hacía todos los domingos. Se acercó a la lápida que se erigía en el lugar y apoyó una mano. Un momento bastó para recordar todo su dolor. Antes de incorporarse, dejó sobre la piedra dos flores blancas en recuerdo de una vida arrebatada.

Álvaro no tenía intenciones de abandonar la casa. Casi no hablaban, y se comunicaban por señas o gestos y así, en silencio, el recién llegado se unió a los quehaceres cotidianos de la casa. Los hermanos forzaron el candado de la puerta de la armería del Palacio Viejo. Hacía mucho tiempo que nadie entraba allí. Ni siquiera María había querido ocuparse de aquel desastre en el que se había convertido la armería. Dentro los recibió una nube de polvo que los hizo toser.

—Joder, ¿hace cuánto que no coges una espada? —se quejó Álvaro—. Virgen santa. Esto está lleno de mierda.

—He estado ocupado —se defendió Diego.

Álvaro le echó una mirada desafiante.

—¿Recuerdas nuestros duelos?

Diego desvió la mirada, sin mucho interés. Desempolvieron las espadas, lanzas, alabardas, yelmos, escudos y armaduras. El lugar olía a metal oxidado, a madera podrida y a moho. Iban a ser necesarios varios días de trabajo para hacer relucir todas las espadas. Álvaro y Diego dispusieron todas las armas extendidas en el patio del caserón para hacer un inventario y luego las contemplaron.

—¿Crees que algún señor nos las compraría?

—No vamos a venderlas —aseguró Álvaro.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué coño vamos a vivir? —Diego puso mala cara.

Álvaro se encogió de hombros sin darle mucha importancia y luego volvió la vista a su hermano.

—Venga —lo invitó—. Escoge una.

Diego le echó una mirada poco amable.

—No sé a qué cojones has venido. Si piensas que puedes cambiarme, pierdes el tiempo, hermano.

—¿A qué temes? —lo desafió Álvaro, al que no le intimidaba su actitud—. ¡Diego!

Álvaro se quedó mirándolo mientras este se alejaba a las cocinas.

Poco después, en la soledad de la estancia, Diego observó a María destripar una gallina, cortarla y lanzarla a una cacerola junto con un ajo y unos hierbajos. Luego le echó un puñado de sal, aceite, y un chorro de vino. Álvaro apareció al cabo de un rato y se sentó en un taburete a su lado. Sin que le dijera nada, Diego le sirvió un vaso de vino como en una taberna.

—¿Sabes cuánto cuesta mantener una casa como esta? —le preguntó Álvaro a su hermano al cabo de un rato.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Diego levantó un momento la mirada.

—Mi padre era el único que sabía lo que significaba mantener una casa así —los interrumpió María, algo alejada, frente a los fuegos. Su tono de suficiencia molestó a Diego y sorprendió a Álvaro.

—Calla, mujer —la atajó Diego, enrabiado—. Tú solo has sabido volver al Palacio Viejo con el condenado de tu hijo sin pelear por lo que te correspondía como viuda. No sabes nada de una casa, y menos de un señorío.

—¡Volví para cuidar de tu madre! —gritó María, y a través de sus arrugas se dibujó una expresión sombría—. ¿Qué sabrás tú de cuidar a nadie?

—Cuida esa lengua. Has vuelto para que me ocupara de tu hijo. Que Dios te perdone por tus mentiras —la acusó Diego—. Ese mozo debería estar en la casa de los Corajo y no bajo mi techo.

María tiró un paño contra la mesa, harta de su situación, y se marchó de las cocinas. Los hermanos estuvieron un instante sin decirse nada.

—Me acusas por haberme ido —soltó Álvaro—. Pero no estabas solo. La tienes a ella —dijo, señalando hacia donde María acababa de irse.

Diego le dirigió una mirada poco amable. Se levantó a revolver el caldo.

—Esta casa cuesta el levantarse todos los días a trabajar de sol a sol, sin excepción —lo atajó—. De lo contrario, se cae a pedazos. Pero qué vas a saber tú.

—¿Y cómo piensas hacerlo sin una mujer y sin hijos? Y sin María.

Diego lo fulminó con la mirada. Álvaro frunció el ceño.

—Diego, madre ha muerto —murmuró Álvaro, mientras negaba con la cabeza—. No tienes nada que te mantenga atado.

—No hables de lo que no sabes —susurró Diego—. No espero que me entienda un hombre sin raíces.

Álvaro quiso replicar, pero se contuvo.

Diego se giró y revolvió el caldo con una cuchara para no verle la cara a Álvaro. Aunque le costara reconocerlo, Diego prefería que la muerte se lo llevara de una puñetera vez, y era consciente de que desear una cosa así constituía un pecado grave. Aunque nunca perdonó a Dios por haberle arrebatado a Marina, seguía siendo temeroso de su voluntad. Quitarse la vida implicaba vagar en el purgatorio por toda la eternidad, y Diego estaba seguro de que su amada lo aguardaba en otro sitio. La muerte llegaría. Entre tanto, habría de soportar la vida sin ella.

Álvaro rompió el silencio incómodo que se había formado.

—He venido a por ti. Te necesito. Me he cruzado Castilla entera solo para que vengas conmigo. Traigo un asunto por el que nos pagarán una fortuna, y volveremos al pueblo como señores.

—¿Y se puede saber quién se hará cargo del Palacio Viejo?

—¡María y Hernando! —repuso Álvaro.

Diego lo miró un instante sin decir nada con expresión cansada. Sirvió dos cuencos llenos de caldo humeante y se sentó a la mesa frente a su hermano. Álvaro se lo quedó mirando.

—La carta —insistió—. Es de un primo nuestro. Un primo lejano.

Diego sabía que, si no le daba la oportunidad de hablar a Álvaro, este iba a insistir el tiempo que fuera necesario, así que decidió darle una tregua.

—¿Quién es? —preguntó finalmente.

—Lo llaman cardenal Santa Cruz —comentó Álvaro, y sacó la carta que llevaba en el bolsillo, la misma que le había enseñado la noche anterior—. Es Bernardino de Carvajal, de los Carvajal de Trujillo. Nos pide que viajemos a Roma cuanto antes.

—¿Ese hombre dice ser primo nuestro? —quiso saber Diego, extrañado.

—Eso es —sostuvo Álvaro—. Le escribí hace meses. No esperaba que respondiera, pero dice que le vendrían bien nuestros servicios como soldados de fortuna.

Diego se detuvo un momento. La cosa no estaba para rechazar nada. La tierra no daba para más, y no podía presionar a aquellos que explotaban sus tierras. Tenía que dar con la manera de salir adelante y prosperar, ahorrar riqueza para los años venideros, y Diego era consciente de que jamás sería un buen mercader. Su oficio estaba en las armas.

—¿Cuánto es la paga? —quiso saber.

—¿Cómo voy a saberlo? —murmuró Álvaro—. En Barcelona oí que las garras del mal asfixian a la curia. El papa tiene muchos enemigos, la guerra contra Francia, sublevaciones en Nápoles, los turcos en el Adriático, las revueltas en Florencia... La cosa está mal. Dos cristianos como nosotros pueden servir al papa.

—¿O sea...?

—Mercenarios —siguió Álvaro. Clavó los ojos en los de su hermano, insistente—. Alabarderos.

—No voy a blandir una pica.

—No, pero eres listo y sabes encontrar a un hombre —sostuvo su hermano.

—¿Y eso qué tiene que ver? —indagó Diego.

—El cardenal nos pide que busquemos a un hombre.

Diego se mantuvo en silencio y durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Luego su hermano lo miró a los ojos.

—Sé que estás harto de esta vida, hermano mío —murmuró Álvaro, y Diego se estremeció al oírlo—. Pero no, Diego, la muerte no vendrá a por ti a este pueblo de mierda. Tal vez haya llegado la hora de que salgas de Trujillo y seas tú el que vaya a por ella.

Perseguir a la muerte.

Las palabras de Álvaro hicieron mella en Diego. Sin saber de lo que hablaba, había dado justo en el clavo. Esa noche, las pesadillas lo consumieron. *La muerte no vendrá a Trujillo*, se repetía. *Nada me queda aquí*. Despertó a mitad de la noche con un sobresalto, cubierto de sudor. Estuvo un instante sentado en el lecho, sin saber si estaba despierto o no, y le pareció ver frente a sus ojos a Marina entre las sombras. La muchacha, a los pies de la cama, lo miró con ojos sombríos y desapareció en la oscuridad.

Diego había pasado todos esos años reprimiendo un único sentimiento. Se levantó y se enfundó la capa. Ensilló un caballo y salió al galope hacia Trujillo. La luz de la luna bañaba y seguía al jinete, que espoleó a su montura hasta la extenuación. Estaba aturdido, confuso, llevaba días sin dormir y años sin comprender lo que había sucedido. El graznido de un cuervo en lo alto acompañó su estela como un mal presagio. Entonces oyó unos cascos a sus espaldas y un grito.

—¡Diego!

Como una oscura silueta, vio venir a Álvaro por el camino.

—¡Vete! —le gritó.

—¡Detente! ¡Por piedad!

Álvaro lo alcanzó casi sin aliento y puso su montura delante de él. Ambos caballos relincharon y se frenaron con violencia. Álvaro desmontó, colérico, y su hermano hizo lo mismo.

—¿Para qué has venido? —esgrimió Diego, encendido, y lo empujó.

—Te he visto ensillar el caballo y salir al galope en mitad de la noche como si fuera un asunto de honor —soltó Álvaro—. ¿Qué creías que iba a hacer? No pensaba abandonarte.

Diego lo miró con rabia, a punto de obsequiarle un puñetazo.

—¿Después de todos estos años has decidido preocuparte por mí? ¡Vete por donde has venido!

Álvaro escupió el suelo. Estaba harto de ese discurso.

—No debí irme. No debí dejarte tirado en Trujillo —manifestó con rabia contenida, por primera vez—. ¿Era eso lo que querías oír? Siento haberme ido, Diego. Siento que tuvieras que ocuparte de madre y de María.

Su hermano lo empujó con rabia y ambos se separaron, como en una tregua momentánea. Luego Diego echó una mirada al cielo, justo cuando comenzaba a lloviznar. Álvaro dejó pasar unos instantes antes de dar unos pasos hacia él.

—Desde mi regreso, solo he visto una sombra de lo que has sido. María me ha dicho que eres un muerto en vida. Un despojo.

—Eso es porque ni tú ni ella sabéis nada de mí —masculló Diego.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —quiso saber Álvaro, harto de aquella situación.

Ambos se quedaron en silencio, en mitad del camino. La lluvia empezó a caer, y a ninguno de los dos pareció importarle.

—Iré a zanjar un asunto con Ramiro Aguirre —resolvió Diego.

—¿Aguirre? —lo interrogó su hermano con extrañeza—. Quiero que vengas a Roma conmigo, Diego, maldita sea. A ganarte la vida como soldado. ¡Juntos encontraremos a ese hombre y nos ganaremos el favor del papa! Abandona de una vez las historias de esta tierra muerta.

Diego contempló la lluvia.

—Iré contigo, tienes mi palabra, si es que vale de algo —zanjó al cabo de un momento—. Pero antes acabaré con esto.

Álvaro entornó la mirada. Recordaba la historia de los Aguirre.

—Don Ramiro... ¿no era el padre de la muchacha que murió preñada de ese caballero...?

—Galcerán de Miguel —le recordó Diego con frialdad.

Ambos hermanos se sostuvieron la mirada.

Diego se pasó una mano por el rostro. Era difícil seguir manteniendo oculto aquel dolor añejo, una angustia que se unía a una vida anodina y a las guerras intestinas de casas rivales, a unos vecinos vulgares y a lazos familiares envenenados. Diego necesitaba huir de Trujillo y escapar al fin de su pasado.

—Nunca fue de Galcerán de Miguel —reconoció al fin.

Álvaro observó a su hermano sin decir nada. La lluvia los empapaba. Estuvieron un rato así, sin hablar, y a Diego le hubiese gustado saber qué cosas pasarían por la mente de su hermano en ese momento. Tal vez habría cambiado la idea que tenía de él. Entonces Álvaro apoyó una mano en la mejilla de Diego y clavó sus ojos en él con una mirada encendida.

—¿Por qué crees que he vuelto? Siempre he sabido de esa historia con Marina. Pero ya es hora de quemar esas hojas secas y limpiar el campo, hermano mío.

Diego se quedó de piedra.

—Ahora que he vuelto, no te dejaré solo —continuó Álvaro—. Vendrás conmigo a Roma, Diego, aunque tenga que atarte a la grupa de mi caballo.

3

CAMPAMENTO DE ATELLA, REINO DE NÁPOLES

Italia era una avispero de por sí y Nápoles, su campo de batalla. Diversos y ocultos intereses movían a cada una de las familias nobles, representantes de sus estados, lo cual hacía imposible no sentirse amenazado, incluso ante aquellos que se decían aliados. El cambio de bando era una cosa habitual entre aquellos linajes que veneraban más la riqueza que la honra.

Gonzalo de Córdoba llegó al campamento de la Santa Liga con los mismos infantes y hombres de armas con los que había tomado la fortaleza de Laurino, por instrucción del rey Ferrante, hombres en su mayoría españoles. Alfonso de Rueda iba con él, a su vera, seguido de sus capitanes de confianza, pajes y secretarios. Detrás de Rueda marchaba su hijo Tristán, el joven escudero.

Rueda creía que los hombres como él o como Gonzalo estaban forjados de otro modo. Ambos profesaban el mismo sentido de la honra. Además, Rueda vestía con lujo, al igual que su capitán. Gonzalo solía decir que los dineros eran para utilizarlos y que vestir bien y con elegancia era una manera de honrar su posición. Para él, era la forma más sencilla para que los infantes comprendieran que el rango de capitán era el más alto de la hueste y merecía respeto. Podía decirse que ni Rueda ni Gonzalo eran agresivos, sino lo contrario: poseían la voluntad de arreglar las cosas, aunque a veces fuera necesario utilizar la violencia.

Se encontraban a poca distancia de Atella, el lugar que había escogido el virrey francés de Nápoles —el duque de Montpensier— para refugiarse con su ejército. En una suerte de plaza de armas en el campamento, salieron a recibirlos los principales señores. La Santa Liga contra Francia estaba compuesta por las tropas

del duque de Venecia, el reino de Nápoles, los Estados Pontificios y los Reyes Católicos. De todos ellos, el general de la Liga era el veneciano Francesco Gonzaga, duque de Mantua, un hombre apuesto que vestía con lujo una armadura de tipo alemán, oscura y ornamentada. A su lado estaba el rey Ferrante de Nápoles —llamado «Ferrandino» por sus escasos veintiocho años—, y el legado pontificio, el cardenal César Borgia, sobrino de su santidad Alejandro VI. De todos ellos, Rueda comprobó que el más elegante era Borgia, pero era Ferrante el que demostraba una actitud más propensa al combate.

Don Gonzalo se giró hacia sus capitanes.

—Esperadme fuera de la tienda —les pidió con cortesía—. No os ocultaré nada a vosotros, pero no quiero ofender a estos señores, desconfiados hasta de su sombra, yendo yo con toda mi hueste a la reunión.

Los suyos lo tomaron como una chanza y un cumplido y respondieron con risas. Gonzalo se arregló la boina e intercambió una mirada con su amigo Rueda. El rey Ferrante se había adelantado a todos los señores y había acudido al encuentro de don Gonzalo, a quien saludó con un apretón de manos. Se había desplazado a Atella con su senescal, su chambelán, su mayordomo y algunos oficiales que ocupaban el oficio de camarlangos. Todos esos hombres encargados de gestionar la casa real de Aragón en Nápoles viajaban con él y estaban allí para servirlo.

—Nunca es tarde si la dicha es buena —le dijo el rey.

—Dios ha querido que nuestros caminos volvieran a unirse, majestad.

Ferrante era un joven de corazón noble —a diferencia de su padre y su abuelo, quienes habían sido unos tiranos— que luchaba por su reino. Desde hacía tres años cruzaba Italia de norte a sur con sus hombres en lucha contra los franceses. Derrota tras derrota. Cuando Gonzalo lo conoció, se encontró a un joven dispuesto a dar la vida por su reino. Le sorprendió saber que Ferrandino había retado a duelo a Carlos VIII, rey de Francia, para resolver el conflicto a la vieja usanza. Dos reyes, dos espadas, un único duelo a muerte. Carlos lo había rechazado, supuestamente sabedor de las habilidades del joven Ferrante con el acero.

Los señores se reunieron en la tienda. Los capitanes de Gonzalo fueron con la hueste para levantar el campamento español. Alfonso de Rueda, por su parte, esperó fuera de la tienda junto a Tristán, sentados en un tocón.

—¿No vamos a ir con el resto?

Rueda miró a su hijo. El chico tenía quince años, era delgado, pero tenía la actitud de un caballero, por sus gestos al hablar. Siempre con la mirada seria, calculadora, Tristán poseía los verdes ojos fríos de su madre.

—Aguarda aquí conmigo. No tardará nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó el muchacho.

Su padre esbozó una sonrisa enigmática.

—Porque lo conozco.

En efecto, poco después salió Gonzalo de la tienda en solitario, con aire apresurado y una expresión de rabia en el rostro. Rueda se puso en pie y fue tras él.

—Cuando no hay voluntad de trabajar, las cosas se estancan —murmuró Gonzalo para sí, disgustado—. Cuando no hay voluntad, los hombres se convierten en marionetas del poder.

—¿Qué ha sucedido? —indagó Rueda.

—El asedio lleva más de un mes —bramó Gonzalo, que se detuvo y señaló la ciudad—. Dentro de Atella está Montpensier emborrachándose de vino con docenas de compañías de franceses, suizos, italianos y alemanes desde hace cuatro semanas. Han echado a todos los habitantes fuera de las murallas y continúan recibiendo bastimento. Alfonso, aquí hay gente a la que le conviene que esta guerra no acabe nunca. A nosotros no, desde luego.

Rueda frunció el ceño. La hueste española sufría varios meses de retrasos en sus pagas. Necesitaban acabar la guerra cuanto antes. Ambos se dirigieron a su campamento, seguidos de Tristán, y los tres entraron en la tienda del capitán como una exhalación. Don Gonzalo pidió a sus pajes que los ayudaran a cambiarse de ropas. Poco después, salieron los tres con ropajes viejos para explorar los senderos de alrededor de la villa de Atella.

Anduvieron durante horas más de cinco leguas inspeccionando el terreno. Rueda dibujó un mapa improvisado, con laderas, bosques, arroyos, un río, algunos vados, puentes, sin parar de seguir a

un incansable Gonzalo de Córdoba que no se conformaba con echar un único vistazo a las cosas ni abandonaba nada al azar. En un momento de la tarde, el capitán pidió a Tristán que bajara una ladera y explorara unos molinos junto a un río. Mientras aguardaban a que regresara el chico, Rueda miró a su amigo.

—¿Crees que es por Gonzaga, el veneciano?

Gonzalo asintió, sin dejar de mirar al horizonte.

—El corazón se hace más pequeño cuanto más sospecha.

Rueda no se mostró tan de acuerdo.

—Bien, pues lo diré yo. Venecia le paga a ese cabrón para mantener la guerra quieta, sin ir para adelante ni para atrás. ¡Podría estar bebiendo copas con Montpensier! Estoy seguro de que espera a que la flota veneciana se haga con los puertos de Nápoles antes de atacar. Tal vez ese hijo de puta ya lo haya pactado con el virrey francés.

Gonzalo volvió la vista hacia su amigo y se sonrió. El capitán, pese a la edad, era un hombre atractivo, de mirada firme y segura, y tenía fama de hablar lo justo.

—Alfonso, recuerda que un caballero no debe ser ajeno a su dignidad de hablar bien —lo reprendió, y volvió la mirada al horizonte nuevamente—. Visto lo visto, en Italia puede ser cualquiera, incluso el mismo papa, el que haya decidido cambiar de bando y negociar. Venceremos, no desesperes. Tanto si Gonzaga nos la ha jugado como si no, lo veremos. A veces la ventaja la da el enemigo y a veces la da la prudencia.

Tristán regresó desde los molinos, colina abajo, como un tiro.

—Sí, tienen un molino desde donde envían harina, y sus represas alimentan el acueducto de la ciudad. Además, hay un sendero que conduce al otro pueblo —informó casi sin aliento—. Tienen a dos destacamentos de piqueros suizos y ballesteros gascones en la granja, resguardando las acequias. Es el sitio desde donde abastecen a Atella.

Don Gonzalo le dio unas palmadas de aprobación en el hombro al chaval. Luego se giró hacia Rueda.

—Regresa al campamento y reúne a todos los capitanes y a los condotieros. Vamos a terminar el trabajo que esta gente no ha sabido hacer.

A sus veintiún años, César había alcanzado muchas de las metas que a cualquier hombre le haría falta una vida entera para cumplir. Iniciado en la carrera eclesiástica de niño, su padre lo había nombrado obispo de Pamplona con dieciséis años y arzobispo de Valencia con diecinueve. Con veinte, cardenal de la Iglesia. Todo esto le otorgaba unas cuantiosas rentas y hacía de él un auténtico príncipe cardenalicio rodeado de sirvientes y de lujo. Sin embargo y pese a todo esto, César Borgia era profundamente infeliz.

Se encontraba en su tienda de campaña en aquel paraje llamado Atella acompañado de su hombre de confianza, Ramiro de Lorca, uno de los guerreros más extraordinarios de toda Italia. Un paje les sirvió en la mesa y ambos comieron en silencio. César sentía su corazón bullir por dentro de rabia y de pasión. Lo único que deseaba era enfundarse una armadura y cabalgar al frente. Sentía envidia de hombres como Ferrante. Era joven y ambicioso, y ansiaba demostrarle a su padre que podía aspirar a transformar el apellido Borgia en sinónimo de poder y establecerse como una de las familias más poderosas de todo el tablero que formaban los estados, reinos, ducados y señoríos de Italia. Ese era su deseo, pero estaba lejos de poder llevarlo a cabo. César era un simple cardenal.

Ramiro de Lorca rompió el silencio y le habló de estrategias y de asuntos de guerra. César apenas lo escuchaba. *Como caballero, aplastaría Atella con mil infantes en una sola tarde. Como cardenal, solo me queda usar el ingenio y conspirar.* Clavó sus ojos del color del ámbar oscuro en Lorca. César poseía una mirada firme, y las facciones de su rostro eran muy marcadas, su nariz, su boca, su mentón. Mitad aragonés, mitad romano, César exhibía con desparpajo lo mejor de ambas casas.

—He pensado en situar a las tropas junto a los aragoneses. No sé qué te parece —comentó Lorca, para acabar su discurso.

—Resguardadas y a cubierto —ordenó César sin mucho interés—. No puedo permitirme regresar a Roma con bajas. He mandado llamar a Celaro Romano para darle instrucciones.

—Bueno, no sabemos lo que durará este asedio.

No lo sabemos. César Borgia amaba la guerra, pero no como legado pontificio. Poseía un espíritu guerrero, y habría sido un gran gonfalonero de la Santa Iglesia de no haber sido por el deseo rotundo de su padre de convertirlo en cardenal. Sí, su padre. Porque para mantener las apariencias los hijos del papa eran llamados sobrinos, *nipote*, aunque fuera un secreto a voces de la alta nobleza que Vannozza Cattanei había parido a los cuatro hijos del pontífice y que el papa, además, acababa de escoger a la hermosa Giulia Farnesio, la mejor amiga de su hija Lucrecia, como su amante predilecta. Dicho lo cual, Alejandro VI, su *santísimo* padre, tenía planes para todos sus hijos, y en esa disposición el destino de César tenía color púrpura. De él dependía el futuro de una dinastía pontificia.

—Te veo mala cara. ¿Crees que estamos en el bando ganador? —inquirió Lorca con una sonrisa picaresca cuando se sirvió una copa de vino.

—El bando ganador es aquel en el que está mi padre según le convenga —murmuró César—. Aunque haya que pactar con los franceses otra vez. Lo importante es mantener las posesiones de la familia. Ya habrá tiempo de ajustar cuentas con los demás.

—Los Orsini —susurró Lorca.

César se encogió de hombros. Orsini, Colonna, Savelli, Gaetani, Sforza, Della Rovere, el rey de Francia... La lista de enemigos era interminable. En lo que se refería a los Orsini, habían cometido la desfachatez de comprar algunos bastiones en Roma, Cerveteri y Anguillara, y apoyaban al mercenario Menaldo Guerra en la ocupación de Ostia.

—El papa prepara a las tropas pontificias, compañías de fortuna y mercenarios para el asedio a Bracciano, bastión de los Orsini, y espero que Su Santidad decida nombrarme gonfalonero. Para nosotros esta guerra absurda en el sur es una pérdida de tiempo. Es el precio por formar parte de la casa de Aragón.

—¿Pretendes ser cardenal y comandante de las tropas pontificias? —esgrimió Lorca.

César llevaba mucho tiempo con aquella idea en la cabeza. Convertirse en el capitán general de los ejércitos del papa. Era joven y poseía el carácter violento necesario para un hombre de

armas. ¿Quién mejor que una persona así y que, además, contaba con los conocimientos y la posición de un cardenal para ejecutar la misión de defender a la Iglesia?

En ese momento, apareció el capitán Celaro Romano, uno de sus soldados fuertes en la hueste papal y que aspiraba desde hacía años a ser miembro de la guardia pontificia, aquellos escoltas que mejor combatían y que defendían con su vida al papa. Romano entró en la tienda con el yelmo bajo el brazo e hizo una profunda referencia ante el cardenal. Se trataba de un tipo fornido y con el cabello rubio recortado por los lados y el flequillo en forma redonda, al estilo italiano.

—*Il Gran Capitano* ha convocado a todos los condotieros, capitanes y caballerizos. Ha dado órdenes para todos, como si los que estamos aquí no supiéramos hacer la guerra y nos comandara a todos —soltó Romano, con disgusto—. Incluso Ferrante y Gonzaga se dejan llevar, como ramerías en un burdel.

—No te permito que hables así de los aliados del papa, Romano —lo reprendió César.

Ramiro de Lorca esbozó una sonrisa maliciosa. César había discutido con Gonzalo de Córdoba sobre estrategias; sin embargo, el enviado del rey de Aragón había preferido tomar todas las decisiones por su cuenta, sin prestar atención a nadie más que a sus propios capitanes.

—Don Gonzalo no ha sabido apreciar mis consejos —continuó César—. Te he mandado llamar porque quiero que mantengas a nuestras tropas lo más alejadas posibles del enfrentamiento, no importa lo que dicte Gonzalo de Córdoba. El papa tiene otros planes y no quiere desperdiciar a sus mercenarios suizos. Cada uno de ellos cuesta una fortuna, y tenemos más guerras en las que combatir aparte de esta pelea sucia de Ferrante y Gonzaga.

—El único que quiere combatir es el castellano —prosiguió Romano—. Y hablando de suizos, el Gran Capitán pretende atacar a un cuadro de picas con su infantería de bandidos desarra- pados. Creo que ha perdido el juicio.

César le devolvió un gesto serio.

—Son españoles. Prefieren llenarse la bolsa de honra que de oro. Guárdate el consejo, Romano.

El cardenal hizo un gesto con la mano para que se marchara de allí.

—Hay romanos a los que no les corre sangre por las venas —murmuró César cuando aquel se fue.

Lorca esbozó una sonrisa.

—¿Ha vuelto tu hermano a Roma?

—¿Juan? —El gesto de César se endureció—. El papa lo ha llamado para tenerlo a su lado, después de que los reyes de Castilla y Aragón no le hayan dado el trato que merecía. Tres años recogiendo migajas de la corte de Fernando. Lo que no sabe mi hermano es que Roma se ha vuelto peligrosa.

En realidad, Roma y el Vaticano eran un polvorín. Los enemigos de los Borgia acechaban, y, además de todos ellos, un asesino al que las lenguas ocultas se referían como «el Toscano» rondaba la corte cardenalicia. Tenía que ser alguien de confianza, un viejo conocido, un nuncio o un cardenal, alguien que mantenía oculta su identidad. El Toscano era el perro de alguien, pero ¿de quién? ¿A qué familia había jurado lealtad? ¿Orsini? ¿Sforza? A César le quitaba el sueño. El Toscano era una injuria contra su familia, contra su apellido. César le había prometido a su padre que desvelaría su identidad antes que la estúpida comisión secreta que había creado para tal propósito. Nadie más, sino él, debía limpiar el nombre de la familia. César, por orgullo, atraparía al Toscano. Para ello debía acabar con aquel contratiempo de la guerra de Nápoles y regresar al Vaticano lo antes posible.

—Acabemos con esto y volvamos a Roma —le dijo a su lugarteniente.

César se cambió la casaca y pidió que ensillaran su caballo para presenciar las operaciones del capitán español en el campo de batalla.

Tristán estaba junto a su padre y los hombres de la compañía, esperando a que Gonzalo de Córdoba les explicara el plan. Delante, bajo la ladera que él mismo había recorrido, se hallaban el molino y las presas del acueducto desde las cuales abastecían a la ciudad sitiada. Una guarnición de mercenarios velaba por aquel lugar.

Según las enseñanzas de su padre sobre el arte de la guerra, existían dos elementos a los cuales resultaba imposible enfrentarse sin salir escaldado. Uno era la caballería pesada francesa a campo abierto. El otro, un cuadro de piqueros suizos. Con su arte y disciplina, los suizos erizaban el cuadro con sus picas en todos los ángulos y resultaba imposible penetrar en su defensa, lo cual volvía su avance imparable.

Don Gonzalo regresó tras reunirse con los capitanes y condottieros de la Santa Liga y se acercó a los hombres fuertes de la compañía que comandaba su alférez, Alfonso de Rueda.

—¿Cuál es el plan, capitán? —manifestó Rueda en nombre de todos.

Los hombres prestaron atención a su líder.

—Vamos a lanzar un ataque sorpresa contra el cuadro de picas —anunció.

Se miraron unos a otros. Ya ni siquiera les sorprendían las ideas disparatadas de su capitán, fáciles de entender, imposibles de llevar a cabo. Al igual que lo de escalar Laurino u otras tantas, esta operación se sumaba a una larga lista de locuras de Gonzalo de Córdoba.

—Es imposible atacar a un cuadro de piqueros suizos, mi capitán —se atrevió a manifestar Espínola con el mayor de los respetos.

Don Gonzalo barrió al grupo con la mirada.

—Muchos de aquí habéis estado en Granada conmigo y habéis confiado en mí, incluso cuando creíais que había perdido el juicio —se defendió Gonzalo—. Atended a lo que os digo. Un cuadro de picas es lento como una tortuga, y nosotros somos muchos y más rápidos que ellos. Haremos un ataque a la carrera. Rodeleros con espadas y navajas, infantería ligera, los pasaremos a cuchillo antes de que puedan pensar. Nos infiltramos entre sus líneas antes de darles tiempo a erizarse. En menos de un santiamén habremos acabado con ellos.

Hubo un silencio entre sus hombres.

—Rodeleros contra un cuadro de picas suizo —murmuró Alarcón, sin creérselo.

—No, Juan, rodeleros a la carrera contra un cuadro sin formar —lo corrigió don Gonzalo, que acostumbraba a aprenderse los

nombres de pila de todos sus hombres. Luego les echó un vistazo y se detuvo en Rueda—. Quiero cien voluntarios.

Gonzalo se retiró y Rueda comenzó a organizar a los hombres.

Gonzalo de Córdoba situó a sus escuadras de desarrapados frente al molino, en lo alto de la colina. Mandó que la poca caballería que traía cubriera uno de los flancos. Los españoles apenas iban armados; muchos de ellos vestían calzas y jubones raídos y por encima algún peto, algún brazalete, unos cuantos con yelmo. El resto iban como iban, como si los hubiesen lanzado a Italia en catapulta, con una espada y un escudo deshecho al que llamaban rodela. Frente a una escuadra de mercenarios profesionales suizos, los españoles no eran más que unos simples bandoleros de montaña.

Un poco más allá se presentó el rey Ferrante, acompañado de su senescal y otros caballeros y del duque de Mantua, Francesco Gonzaga, el general veneciano de la Santa Liga. En ese momento, un alférez de la compañía de españoles alzó una mano y todos se empezaron a mover en silencio, con una disciplina desconcertante. Bajaron la colina sin decir ni mu. Alguien dio la voz de alarma en el molino y el destacamento de ballesteros gascones salió a la parte frontal. Al mismo tiempo, los mercenarios suizos dieron gritos y trataron de coger sus picas para colocarse y formar un cuadro.

Los gascones dispararon.

En el interior de la formación aragonesa, los españoles gritaron.
—¡Rodelad!

Levantaron sus escudos redondos y detuvieron el primer y único ataque de proyectiles de los ballesteros. A continuación, la caballería aragonesa hizo su aparición por sorpresa y cargó contra los gascones, que rompieron su formación, y todo fue un caos junto al molino.

En mitad de la formación, Alfonso de Rueda alzó su espada.
—¡Ahora! ¡Corred! —gritó.

Entonces la escuadra de rodeleros bajó la ladera como almas que llevaba el diablo y atacó a los piqueros a la carrera, antes de que estos pudieran formar y erizarse. Entre todos ellos iba la figura delgada de Tristán, ataviado con una armadura de cuero, una es-

pada y un puñal. El muchacho corrió junto al resto y cuando llegaron ante los primeros suizos estos alzaron sus picas. El chico siguió avanzando en cuclillas bajo aquel techo de lanzas y alabardas y cuando alcanzó el frente clavó su espada y su puñal en el abdomen de un suizo pálido. Sus compañeros españoles se metieron entre sus filas con desparpajo y apuñalaron a los mercenarios, sin compasión. El cuadro suizo, apenas formado, se rompió en un santiamén, y los españoles limpiaron el sitio de enemigos. Tristán avanzó sorteando cadáveres, siguiendo los gritos de su padre en el frente, apuñalando piqueros. Muchos de los suizos huyeron junto a los gascones y seguidamente fueron perseguidos por la caballería.

Doscientas bajas enemigas en un periquete. Ninguna baja española.

—¡Romped el molino! —gritó Tristán a los españoles que estaban con él.

Rápidamente una docena de hombres destruyeron las aspas y cortaron el suministro de agua de los acueductos de Atella, la ciudad sitiada. Hubo vítores. Tristán alzó su puño en señal de victoria. Cuando los franceses que se encontraban en un campamento a media legua del molino quisieron reaccionar, Gonzalo de Córdoba ya había ordenado el repliegue de los suyos.

Una acción limpia y ordenada.

En la colina, en cambio, el ambiente era de asombro. Gonzaga intercambió una mirada con Ferrante y con el cardenal Borgia, que volvió el caballo y se marchó a su tienda. Al regresar al campamento, los aragoneses fueron aclamados por toda la hueste por aquella maravilla táctica. Después de un mes de sitio, a Gonzalo de Córdoba le habían bastado unas horas para llevar a cabo su primera acción, y los soldados de todas las naciones supieron reconocer su valía como estratega. Entonces todos lo vitorearon, y se corrió la voz de su sobrenombre. El Gran Capitán. El rey Ferrante estaba henchido de orgullo. Solo Gonzaga y César Borgia mantuvieron el semblante serio. Cada uno, como en aquella guerra, tuvo sus razones para hacerlo.